

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11, 19a; 12, 1.3-6a.10ab): *Un gran signo apareció.*

Salmo (44, 10-12.16): *«De pie a tu derecha está la reina, enjoyada con oro de Ofir».*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-27): *Cristo reina con todo sus enemigos bajo sus pies.*

Evangelio (Lucas 1, 39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

El sol que irradia María elimina toda mancha en su ser creado. Esa es la tradición de la Iglesia que ha formulado los dogmas marianos. María Inmaculada es la forma de ser una criatura la Madre de Dios. La plenitud del favor de Dios, la ternura divina en grado máximo se ha encarnado en María y la ha hecho su Madre.

María se convierte en el símbolo real de la gracia de Dios. En ella la criatura humana desborda su condición de favorecida de Dios; se establece un diálogo amoroso y fecundo entre el Creador y su criatura. La respuesta a la gracia divina no es una obligación humillante, que nos priva de libertad, sino una realidad que enaltece al grado máximo a quien descubre que todo su ser es favor de Dios, regalo gratuito que se nos ha concedido para participar de la propia vida de Dios.

En María esta respuesta es tan plena que no solo participa de la vida de Dios, sino que misteriosamente da vida al cuerpo del propio Hijo del Altísimo. María es una mujer vestida de sol. No hay sombra alguna que empañe esa dignidad de la criatura humana que Dios ha reservado al ser humano en su designio creador. En María, confesamos los creyentes al aceptar la tradición de la Iglesia, que el príncipe de las tinieblas no consiguió nunca tener dominio.

En la tradición oriental se afirma la *Dormición de María*, como una forma más explícita de indicar el Tránsito de María, de este mundo al reino definitivo de la vida. La muerte podría entenderse como una consecuencia del pecado original, que ni en Jesús ni en María cobró su peaje. La tradición católica nos muestra que tanto Jesús como María asumen la naturaleza humana en todas sus consecuencias menos en el pecado, de ahí que asuma también su condición mortal. Pero en ambos casos no dejará de cumplirse el designio creador de llevar ambas naturalezas humanas a integrarse definitivamente en su condición gloriosa.

La bendición de Dios se vio correspondida, en María, por una respuesta valiente y arriesgada. Ella fue una *“madre coraje”* que tuvo la determinación necesaria para acoger en su seno al Hijo de Dios y, al mismo tiempo, seguirle con docilidad. Una y otra vez María responderá *“aquí estoy”*, y lo hace como quien renueva y actualiza su respuesta a Dios. Su primer **“SÍ”** se ve multiplicado por una vida entregada y dispuesta que tendrá, a los pies de la cruz, la máxima expresión de aceptación, en el silencio de Dios, ante la cruel muerte de su hijo. En la soledad de la cruz también volverá a decir: *«Hágase en mí según tu Palabra»*.

Los creyentes contemplamos a María como la mujer que supo fiarse absolutamente de Dios. Ella fue capaz de reconocer su voluntad y de acogerla con total libertad y sin reservas. No debió ser fácil. Sin embargo, su disponibilidad al plan de Dios, la hizo bienaventurada, dichosa y bendita entre todas las mujeres. Acoger la Palabra de Dios es causa de alegría y felicidad en medio de todas las situaciones de la vida. Así la recordamos, miramos su ejemplo y también pedimos su intercesión. Ella es, para nosotros, signo de la acogida de la voluntad de Dios: escucha, disponibilidad, aceptación y respuesta generosa... son las claves de la vida del creyente.

La comunidad cristiana escucha la Palabra de Dios, la acoge en su interior y muestra, con sus obras y palabras, la Buena Nueva de Jesús, como María. Es nuestro ser, la razón de la existencia de la Iglesia y lo más importante que podemos regalar a nuestro mundo. Queremos contagiar a los demás la experiencia de la fe, como lo hizo María, como lo han hecho tantos enamorados de Dios que se han dejado bendecir por él y que, en medio de las dificultades de la vida, han triunfado porque Dios ha estado con ellos. De nosotros depende edificar una Iglesia creyente, comunitaria y servicial, que su centro sea Jesús, y viva la misericordia y el amor con todos.

Así pues, festejar a María es afirmar que todo en ella es bueno, que su vida es íntegra y su amor es absoluto, una vida asumida, al completo, por Dios. Dios asume su vida, sus obras y sus sentimientos. Todo en ella es acogido por Dios, para siempre. María vivió en perfecta unidad de vida, de fe y de amor. Y es, al mismo tiempo, una invitación y ejemplo para que nosotros vivamos así.

Jesús como Hijo de Dios, brilla con luz propia. El mismo es el sol que envuelve e irradia a esa mujer que le dio a luz. María participa de esa prerrogativa de la incorruptibilidad que introdujo su propio Hijo al vencer definitivamente a la Muerte. María es frente a la Muerte la mujer fuerte vestida de sol; ella no pare sombras de muerte, sino que da a luz a la propia Vida. En ese duelo que el Apocalipsis nos describe entre el dragón, la serpiente del relato creacional, y la mujer vestida de sol, María huye al desierto, ese lugar que Dios le tiene reservado *“quizás para hablarle al corazón”*.

En ese reservado lugar íntimo de Dios, brilla la excelsa figura de una mujer coronada con doce estrellas. Ese es el lugar que Dios había reservado para María. Y apenas cumplió su tarea en este mundo vino a llevársela al cielo para que aquel cuerpo del que María había nacido el propio Hijo de Dios, no conociera de ninguna manera la corrupción.